

AYUDANTE DE CIRUJANO

PATRICK O'BRIAN

AYUDANTE DE CIRUJANO

Una novela de la Armada inglesa

Traducción de Aleida Lama Montes de Oca



Consulte nuestra página web: <https://www.edhasa.es>
En ella encontrará el catálogo completo de Edhasa comentado.

Título original: *The Surgeon's Mate*

Diseño de la sobrecubierta:  Calderón Studio®

Primera edición: enero de 2026

© 1979, Patrick O'Brian

All rights reserved

© de la traducción: Aleida Lama Montes de Oca, 1996

© de la presente edición: Edhasa, 2001, 2026

Diputación, 262, 2.ª 1.ª

08007 Barcelona

Tel. 93 494 97 20

España

E-mail: info@edhasa.es

Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del *Copyright*, bajo la sanción establecida en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamo público.

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra, o consulte la web www.conlicencia.com.

ISBN: 978-84-350-6559-2

Impreso en Huertas Industrias Gráficas, S.A.

Depósito legal: B 21959-2025

Impreso en España

Mariae sacrum

NOTA A LA EDICIÓN ESPAÑOLA



Ésta es la séptima novela de la más apasionante serie de novelas históricas marítimas jamás publicada; por considerarlo de indudable interés, aunque los lectores que deseen prescindir de ello pueden perfectamente hacerlo, ofrecemos al final de la obra un amplio y detallado Glosario de términos marinos.

Se ha mantenido el sistema de medidas de la Armada real inglesa, como forma habitual de expresión en la terminología náutica.

1 yarda = 0,9144 metros

1 pie = 0,3048 metros $\longleftrightarrow$ 1 m = 3,28084 pies

1 cable = 120 brazas = 185,19 metros

1 pulgada = 2,54 centímetros $\longleftrightarrow$ 1 cm = 0,3937 pulgadas

1 libra = 0,45359 kilogramos $\longleftrightarrow$ 1 kg = 2,20462 libras

1 quintal = 112 libras = 50,802 kg

NOTA DEL AUTOR



Los grandes hombres pueden permitirse cometer anacronismos y, la verdad, no es desagradable ver a Criseida leer las vidas de los santos o a Hamlet ir a la escuela en Wittenberg. Sin embargo, el escritor corriente no debería tomarse muchas libertades con el pasado, porque, si lo hace, sacrifica su autenticidad y el voluntario abandono de la incredulidad del lector y seguramente recibirá cartas de aquellos que dan más importancia que él a la precisión. Hace muy poco recibí una carta de un instruido holandés que me reprochaba haber rociado con agua de Colonia la bodega de proa de la fragata *Shannon* en mi último libro, porque, según decía, citando el *Oxford Dictionary*, la primera referencia al agua de Colonia en lengua inglesa aparece en una carta de Byron fechada en 1830, pero creo que se equivoca al suponer que ningún inglés había *hablado* del agua de Colonia hasta entonces. No obstante, su carta me preocupó, sobre todo porque en este libro he mantenido deliberadamente a sir James Saumarez en el Báltico algunos meses después de su regreso en el *Victory* a Inglaterra y de haber dejado el mando del navío. Cuando hice el primer borrador, tomé los datos del *Dictionary of National Biography*, que afirmaba que el almirante aún estaba al mando en el período elegido por mí, pero después, al contrastarlos con los de las memorias de uno de sus subordinados, descubrí que, en realidad, otro hombre había ocupado su lugar.

Sin embargo, quería hablar de Saumarez, que es un magnífico ejemplo de un peculiar tipo de oficial naval de la época, profundamente religioso y muy competente, además de hábil diplomático, y como ya no podía reordenar las fechas, decidí dejar las cosas como estaban, pero por un sentimiento de respeto por el *Victory*, ese noble navío, omití todas las referencias a él. Por lo tanto, la secuencia histórica no tiene un orden cronológico exacto, pero confío en que el benevolente lector me aceptará esta licencia.

CAPÍTULO 1



Era un largo día de verano, y en el amplio puerto de Halifax, Nueva Escocia, entraban dos fragatas sólo con las gavias desplegadas cuando subía la marea. La primera, que tenía izada la bandera de las barras y las estrellas debajo de una bandera blanca, había pertenecido a la Armada norteamericana hasta hacía muy poco; la segunda, que tenía izada una bandera descolorida, era la *Shannon*, vencedora en el combate corto pero sangriento que había mantenido con la *Chesapeake*.

En la *Shannon* todos se habían formado ya una idea del recibimiento que les iban a hacer, ya que se había propagado la noticia de la victoria y numerosos pesqueros, barcos de recreo, botes de barcos corsarios y pequeñas embarcaciones de diversos tipos se habían aproximado a la fragata mucho antes de que llegara a la entrada del puerto, y habían seguido navegando en su compañía mientras sus hombres agitaban en el aire sus sombreros y gritaban: «¡Bravo! ¡Hurra! ¡Muy bien, *Shannon*! ¡Hurra!». Los tripulantes de la *Shannon* miraron con poco interés a aquellos hombres y sus barcos, y solamente los marineros de la cubierta inferior los saludaron con la mano, aunque sin entusiasmo; en cambio, ellos miraron la *Shannon* con gran interés. Los que eran poco observadores apenas advirtieron irregularidades en la fragata, ya que conservaba intactos la mayoría de los aparejos, llevaba velas nuevas y la pintura estaba

casi igual que el día en que había zarpado de aquel mismo puerto, hacía varias semanas; pero los corsarios, que eran muy observadores, notaron que en el bauprés y los mástiles había profundas hendiduras, que el palo mesana había sido reparado con barras del cabrestante, y que en el costado había algunas balas incrustadas y algunos espiches tapando los agujeros que otras habían hecho. Sin embargo, incluso alguien que no fuera observador habría visto el enorme agujero que había desde la popa a la aleta de babor de la *Chesapeake*, en el lugar donde las balas de la *Shannon*, unos cinco quintales de hierro, la habían alcanzado y la habían atravesado longitudinalmente. Pero lo que nadie vio fue la sangre derramada en aquella encarnizada batalla, tanta que había salido a chorros por los imbornales, pues los tripulantes de la *Shannon* limpiaron ambas fragatas e hicieron cuanto estaba en su mano por dejar la cubierta reluciente. Con todo y con eso, a juzgar por las condiciones en que se encontraban los mástiles y las vergas de la *Shannon* y el casco de la *Chesapeake*, cualquiera que hubiera estado en una batalla habría pensado que ambas fragatas tenían el mismo aspecto de un matadero al final del combate.

En la *Shannon* todos sabían cómo iban a ser recibidos, y por eso los marineros de la cubierta inferior se habían apresurado a ponerse la mejor ropa que tenían para bajar a tierra: chaqueta azul con botones dorados, amplios pantalones blancos con ribetes, sombrero de paja de ala ancha con una cinta con el nombre de «Shannon» bordado y brillantes zapatos negros. No obstante, les sorprendió el estrépito que oyeron cuando se acercaban a los muelles: primero los vivas de algunos grupos cuyas voces se superponían, y luego otros mucho más fuertes y mucho más apreciados por ellos, los que hacían a coro los marineros de los barcos de guerra anclados en el puerto cuando la fragata pasaba por su lado. Y mientras la fragata se aproximaba a su amarradero habitual y la marea subía, los marineros, desde las vergas y la jarcia,

gritaban al unísono: «¡*Shannon*, hurra, hurra, hurra!», haciendo estremecerse el aire y el mar. Todo Halifax había salido a darles la bienvenida y a aclamarlos por su victoria, la primera victoria de la Armada real en una guerra desastrosa para ella desde el principio, ya que los norteamericanos habían apresado tres de sus fragatas más potentes en batallas en que sólo se habían enfrentado a dos naves enemigas, además de haber capturado otras embarcaciones más pequeñas. Obviamente, los marineros eran los que daban más vivas, y su alegría era tan grande como profunda había sido la pena que esas derrotas les habían causado, pero los miles y miles de «chaquetas rojas» y civiles estaban muy contentos también, así que cuando el joven Wallis, al mando de la *Shannon*, dio la orden de cargar las velas, muy pocos pudieron oírle.

Aunque los tripulantes de la *Shannon* estaban impresionados y satisfechos, tenían una expresión grave, ya que su querido capitán se debatía entre la vida y la muerte en su cabina, y habían sepultado al primer oficial y a veintidós compañeros de tripulación. Además, en la enfermería y el rancho había cincuenta y nueve heridos, muchos de los cuales estaban al borde de la muerte, y entre ellos se encontraban algunos de los hombres más populares de la tripulación.

Así pues, cuando el comandante del puerto subió por el costado, observó que los tripulantes, muy acicalados pero muy serios, formaban un reducido grupo, y que en el alcázar había muy pocos oficiales para darle la bienvenida. Había gritado «¡Muy bien! ¡Muy bien, *Shannon*!» mientras lo subían a bordo, tratando de hacerse oír entre las órdenes del contramaestre, y, al llegar, preguntó:

—¿Dónde está el capitán?

—Abajo, señor —respondió el señor Wallis—. Lamento decirle que está herido. Tiene una profunda herida en la cabeza y apenas puede hablar.

—Lo siento mucho... Lo siento mucho. ¿Está muy grave? Una herida en la cabeza... ¿Conserva su capacidad de razonamiento? ¿Sabe que ha conseguido una gran victoria?

—Sí, señor. Creo que es precisamente eso lo que lo mantiene vivo.

—¿Qué dice el cirujano? ¿Está permitido verlo?

—No me dejaron entrar a verlo esta mañana, señor, pero mandaré a preguntar cómo se encuentra.

—Sí, por favor —dijo el almirante y, tras una pausa, quiso saber qué había sido del primer oficial, quien había servido a sus órdenes como guardiamarina, y preguntó—: ¿Dónde está el señor Watt?

—Ha muerto, señor —respondió Wallis.

—¡Muerto! —exclamó el almirante, bajando los ojos—. Lo siento muchísimo... Era un excelente marino. ¿Han tenido muchas bajas, señor Falkiner?

—Han muerto veintitrés hombres y hay cincuenta y nueve heridos, señor, un número de hombres que representa la cuarta parte de la tripulación. En la *Chesapeake* hubo más de sesenta muertos y noventa heridos, y su capitán murió en nuestra fragata el miércoles. —Y en un tono más bajo, añadió—: Permítame decirle que mi apellido es Wallis, señor. El señor Falkiner está al mando de la presa.

—Claro, claro —dijo el almirante—. Fue una sangrienta batalla, señor Walis, una horrible batalla, pero valió la pena. Sí, valió la pena.

Entonces echó un vistazo a la cubierta, muy limpia y ordenada pero llena de marcas, luego a los botes, dos de los cuales ya estaban reparados, después a los aparejos, y a continuación observó durante unos momentos el palo de mesana, que también había sido reparado.

—Así que usted y Falkiner y los pocos marineros que les quedaron han traído a ambas embarcaciones. Usted y sus compañeros de tripulación han hecho un buen trabajo, señor Wallis.

Ahora quisiera que me hiciera un breve relato de la batalla. Más adelante, si el capitán Broke aún no se ha recuperado cuando llegue el momento de entregarme un detallado informe, será usted quien lo haga. Pero ahora quiero oír de sus labios el relato.

—Pues bien, señor... —dijo Wallis, y se interrumpió.

Era capaz de luchar con denuesto, pero no era un buen orador. Además, estaba turbado por encontrarse frente a un almirante y a una audiencia entre la cual estaba el único oficial norteamericano superviviente que podía mantenerse en pie a pesar de sus heridas. Hizo un relato incompleto y deslavazado, pero el almirante le escuchaba con visible agrado, pues coincidía con lo que había oído e incluía muchos más detalles que los rumores llegados hasta él. Lo que Wallis dijo confirmó todo lo que él conocía: Broke, al descubrir que la *Chesapeake* estaba sola en el puerto de Boston, ordenó a los barcos que lo acompañaban que se alejaran y había desafiado a su capitán a salir y luchar con él en alta mar, y la *Chesapeake* había salido del puerto y se había enfrentado a ellos con valentía. Estaban en igualdad de condiciones y habían luchado penol a penol y limpiamente, sin estratagemas. Durante los primeros minutos la *Shannon* había arrasado el alcázar de la *Chesapeake* con sus cañonazos, a consecuencia de los cuales murieron o resultaron heridos la mayoría de los oficiales, luego había disparado numerosas andanadas contra la popa, y sus hombres pasaron al abordaje y apresaron la fragata.

—Y transcurrieron sólo quince minutos entre el primer disparo y el último, señor.

—¡Dios mío! ¡Quince minutos! Eso no lo sabía —dijo el almirante.

Después de hacer algunas preguntas más, juntó las manos tras la espalda y, lleno de satisfacción, comenzó a dar paseos en silencio. De repente vio una figura alta con un uniforme de capitán de navío junto a los oficiales de Infantería de Marina y exclamó:

—¡Aubrey! ¡Sí, es Aubrey, estoy seguro!

Entonces avanzó con la mano tendida, y el capitán Aubrey se colocó el sombrero debajo del brazo izquierdo, sacó la mano derecha del cabestrillo y le dio al almirante un apretón de manos tan fuerte como pudo.

—Estaba seguro de que no podía confundir ese pelo rubio, aunque hace años que... —dijo el almirante—. ¿Tiene el brazo herido? Sabía que se encontraba en Boston, pero ¿cómo llegó aquí?

—Me escapé, señor —respondió Jack Aubrey.

—¡Muy bien! —volvió a exclamar el almirante—. ¡Entonces estaba a bordo cuando se consiguió esa gran victoria! ¡Valía la pena perder un brazo o incluso los dos por estar allí! ¡Lo felicito de todo corazón! ¡Cuánto me gustaría haber estado con ustedes! Lamento mucho la muerte del pobre Watt y lo que le ha ocurrido a Broke. Quisiera hablar con Broke, si el cirujano...

Y señalando el cabestrillo con la cabeza, añadió:

—¿Tiene heridas de importancia en el brazo?

—No. La herida me la produjo una bala de mosquete cuando la *Java* luchaba con el enemigo. Si quiere hablar con los doctores, señor, ahí los tiene.

—¿Cómo está, señor Fox? —preguntó el almirante, volviéndose hacia el cirujano de la *Shannon*, quien acababa de salir por la escotilla principal con un acompañante que, al igual que él, iba vestido con ropa de trabajo—. ¿Cómo se encuentra su paciente? ¿Está en condiciones de recibir una visita, aunque sólo sea por unos momentos?

—Bueno, señor, creo que en su estado sería perjudicial que se excitara o hiciera un esfuerzo mental... —respondió el señor Fox, con tono indeciso, moviendo la cabeza de un lado a otro—. ¿No le parece, colega?

Su colega, un hombre bajito de tez cetrina, que llevaba una chaqueta negra manchada de sangre, una camisa sucia y una peluca mal puesta, respondió:

—Desde luego, desde luego. —Y con cierta impaciencia, añadió—: No pueden permitirse visitas hasta que le haga efecto la poción.

Entonces, sin decir una palabra más, comenzó a alejarse, pero el capitán Aubrey lo cogió por el codo y, en voz muy baja, le dijo:

—¡Espera, Stephen! Ése es el almirante, ¿sabes?

Stephen volvió hacia Aubrey sus clarísimos ojos, ahora rodeados de un círculo rojo porque había pasado muchos días y noches casi sin descansar, y dijo:

—Escúchame bien, Jack, tengo que hacer una amputación y no me detendría ni para hablar con el mismísimo arcángel Gabriel. Sólo he subido para recoger mi pequeño retractor, que está en la cabina. Y dile a ese hombre que no hable tan alto.

Inmediatamente se alejó de allí y dejó tras de sí sonrisas nerviosas y miradas ansiosas que iban dirigidas al almirante, pero aquel hombre tan importante no parecía haberse ofendido. Después de recorrer la fragata con la vista, el almirante miró hacia la *Chesapeake*, e inmediatamente se notó que tras su preocupación por el capitán de la *Shannon* y su pena por la pérdida de algunos oficiales y marineros, asomaba una gran satisfacción. Entonces le pidió a Wallis la lista de prisioneros de guerra y, mientras iban a buscarla, permaneció con Jack Aubrey junto al improvisado sombrerete que habían colocado sobre la claraboya de la cabina del capitán y le dijo:

—Estoy seguro de que he visto a ese hombre antes, pero no puedo acordarme de su nombre.

—Es el doctor... —empezó a decir el capitán Aubrey.

—¡Espere! ¡Espere! ¡Ya lo tengo! Es el doctor Saturnin. El almirante Bowes y yo fuimos a palacio a preguntar por la salud del duque y él salió a decirnos cómo se encontraba. Saturnin... Estaba convencido de que lo recordaría.

—Ese mismo es, señor. Stephen Maturin fue llamado para atender al príncipe William y, por lo que sé, lo salvó cuando todo había fracasado. Es un médico extraordinario, señor, y un íntimo amigo mío. Navegamos juntos desde 1802. Sin embargo, creo que aún no se ha acostumbrado a las normas de la Armada, y a veces, sin proponérselo, falta al respeto.

—En verdad, no es muy respetuoso, pero no estoy ofendido. A pesar de que he llegado a almirante, no me creo Dios padre, ¿sabe, Aubrey? Además, costaría mucho conseguir que me pusiera de mal humor hoy... ¡Qué triunfo, Aubrey! Debe de ser un gran médico para que le hayan pedido que atendiera al duque. ¡Cuánto deseo que pueda salvar al pobre Broke! —Entonces, mirando con admiración a una joven muy elegante que había salido de atrás del sombrerete provisional, dijo—: Servidor de usted, señora.

La joven llevaba una palangana e iba seguida de un ayudante de cirujano extenuado y manchado de sangre. Estaba pálida, pero, en aquel ambiente, su palidez la favorecía, le daba distinción.

—Diana —dijo el capitán Aubrey—, permíteme que te presente al almirante Colpoys. Mi prima, la señora Villiers. La señora Villiers estaba en Boston y escapó con Maturin y conmigo.

—Su más humilde servidor, señora —dijo el almirante, haciendo una reverencia con la cabeza—. ¡Cuánto la envidio por haber presenciado una acción de guerra tan notable!

Diana puso la palangana en el suelo e hizo una reverencia.

—En realidad, me hicieron permanecer bajo cubierta, señor... —dijo y, con un intenso brillo en los ojos, añadió—: ¡Pero me gustaría haber sido un hombre para pasar al abordaje con los demás!

—No me cabe duda de que habría matado a los enemigos —dijo el almirante—. Pero ahora que se encuentra aquí, puede quedarse con nosotros. Lady Harriet estará encantada. Mi falúa

está a su disposición. Puede bajar a tierra ahora mismo, si lo desea.

—Es usted muy amable, almirante —dijo Diana—, y me gustaría mucho visitar a lady Harriet, pero aún tardaré algunas horas en terminar lo que estoy haciendo.

—La admiro por hacer ese trabajo, señora —dijo el almirante, quien había comprendido qué tipo de trabajo era al echar un vistazo a la palangana—. Pero, en cuanto termine, debe venir a nuestra casa. Aubrey, en cuanto la señora Villiers haya terminado, llévela a nuestra casa.

Su radiante sonrisa desapareció cuando un espantoso grito de dolor, un grito que no parecía humano, llegó desde la enfermería penetrando en el ruido de las alegres voces como un cuchillo. Pero el almirante había estado en muchas batallas y sabía el precio que había que pagar.

—Es una orden, Aubrey, ¿me oye? —añadió un poco disgustado, y luego, volviéndose hacia el joven teniente, dijo—: Señor Wallis, ocupémonos de nuestro asunto.



Las horas habían pasado. Al capitán Broke lo habían llevado a casa del comisionado, y a los tripulantes heridos, al hospital. Allí, todos, a excepción de los que estaban atormentados por el dolor, descansaban tranquilamente junto a los heridos de la *Chesapeake* y a veces intercambiaban con ellos tabaco y ron de contrabando. Todos los prisioneros de guerra norteamericanos fueron sacados del barco, los pocos oficiales supervivientes fueron puestos en libertad bajo palabra y los marineros enviados al cuartel. Los desertores británicos capturados en la *Chesapeake* habían corrido peor suerte que todos los demás, porque fueron encerrados en la cárcel, de donde no tenían ninguna posibilidad de salir salvo para ir a la horca. Ya no se veía el lado oscuro de la

guerra, y la alegría y la ilusión habían empezado a disipar la preocupación y la pena en la fragata. Los tripulantes de la *Shannon* podrían bajar a tierra gracias a que los capitanes de los otros barcos habían enviado suficientes voluntarios para completar una guardia, y la alegría de los recién llegados junto con los gritos procedentes de los muelles arrancaban risotadas a los más jóvenes, que, aglomerados en el pasamano, pisoteándose unos a otros, observaban cómo sus compañeros bajaban los botes con cuidado para evitar manchar de alquitrán sus relucientes pantalones de dril.

—Prima Diana, ¿quieres bajar a tierra? —preguntó Jack Aubrey—. Avisaré a la *Tenedos* para que el capitán mande su esquife.

—Gracias, Jack, pero prefiero esperar a Stephen —respondió Diana—. No tardará mucho.

Estaba sentada sobre un pequeño baúl adornado con tachones dorados, lo único que había llevado consigo al huir de Boston, y miraba hacia Halifax por encima de un destrozado cañón de nueve libras. Jack estaba junto a ella con un pie apoyado en la cureña y también miraba hacia allí, pero sin poner mucha atención, porque su mente se ocupaba de otras cosas. Estaba henchido de gozo, pues, a pesar de que no había sido él quien había conseguido aquella victoria, era un oficial honesto, unido a la Armada real desde su infancia, y las derrotas sufridas el año anterior lo afectaron tanto que le habían resultado muy difíciles de soportar. Ahora ya no tenía aquella carga. Las dos fragatas habían luchado en buena lid, la Armada real había ganado, en el universo las cosas habían vuelto a ser como debían, las estrellas habían recuperado su movimiento natural, y había muchas probabilidades de que tan pronto como él llegara a Inglaterra le dieran el mando de la *Acasta*, fragata de cuarenta cañones, lo que contribuiría a prolongar ese movimiento. Además, en cuanto bajara a tierra correría al correo en busca de sus cartas. Durante el tiempo que había estado prisionero en Boston no había tenido no-

ticias de Sophie, su esposa, prima hermana de Diana, y anhelaba saber de ella, de sus hijos, de sus caballos, de su jardín, de su casa... Pero tras esos sentimientos había una pizca de ansiedad, o tal vez más que una pizca. Aunque era un capitán extraordinariamente rico, que había conseguido más botines que la mayoría de los capitanes de su misma antigüedad —y más que muchos almirantes también— había dejado tras de sí un negocio con muchos problemas y su solución dependía de un hombre del cual no se fiaban en absoluto su amigo Maturin ni Sophie. Ese hombre, un tal señor Kimber, había asegurado al capitán Aubrey que la escoria de las minas de plomo que había en sus tierras podría producir más plomo y, además, mediante un procedimiento que sólo él conocía, una asombrosa cantidad de plata, lo que permitiría obtener grandes beneficios con un pequeño desembolso inicial. Sin embargo, las tres últimas cartas que le había enviado su esposa y que Jack había recibido en las Indias Orientales, antes de ser capturado por los norteamericanos en su viaje de regreso a Inglaterra, no hablaban de beneficios, sino de acciones poco claras que Kimber había realizado sin autorización y la inversión de grandes sumas en la construcción de caminos, la excavación de profundos pozos, herramientas para trabajar en las minas, una máquina de vapor... Estaba ansioso porque aquello se aclarara y confiaba en que así fuera, porque Stephen Maturin y Sophie no sabían nada de negocios y él, en cambio, tomó su decisión basándose en cifras y hechos concretos, no por intuición, y conocía mejor que ellos el mundo que los rodeaba. Deseaba con vehemencia tener noticias de sus hijos: las gemelas y el niño. Seguramente George hablaba ya... Mientras estuvo prisionero no había recibido ni una sola carta, y la falta de noticias fue una de las cosas más duras que había tenido que soportar. Pero sobre todo deseaba poder coger la mano de Sophie y oír su voz cuanto antes. Sus cartas, que tenían fecha anterior a la guerra con Estados Unidos, llegaron a sus manos cuando estaba en Java, y las

había leído tantas veces que se rompieron por los dobleces, pero luego se habían perdido en el mar, junto con casi todo lo que poseía. Desde entonces, ni una palabra. Desde los 110° de longitud este hasta los 60° de longitud oeste, casi medio mundo, ni una palabra. Aunque sabía que ése era el destino de los hombres de mar, pues tanto los barcos correo como otros medios de transporte eran inseguros, a veces creía que la suerte lo había abandonado.

Tal vez la suerte lo había abandonado, pero Sophie no. Su matrimonio se apoyaba en una base firme, en un cariño profundo y mutuo respeto, y era mejor que la mayoría, aunque en uno de sus aspectos no era plenamente satisfactorio para un hombre como Jack Aubrey, cuyos instintos básicos eran muy fuertes. Y a pesar de que Sophie era posesiva y un poco celosa, formaba parte de su ser. Por supuesto, ella no carecía de defectos, pero tampoco él, y a veces le parecía que los suyos eran más fáciles de tolerar que los de ella, pero olvidó todo eso cuando en su mente apareció la imagen del paquete de cartas que encontraría al atravesar las tranquilas aguas de Halifax.

—Dime, Jack, ¿lo pasó mal Sophie cuando tuvo al último niño? —inquirió Diana.

—¿Qué? —preguntó Jack como si hubiera llegado de muy lejos—. ¿Que si lo pasó mal al tener a George? Ojalá no... No me dijo nada. Yo estaba en Mauricio entonces. Sin embargo, creo que a veces se pasa muy mal.

—Eso me han dicho —afirmó Diana, e hizo una pausa—. Aquí llega Stephen.

Pocos minutos después el esquife se abordó con la *Shannon* y ellos se despidieron, pero de la fragata, no de los tripulantes, puesto que volverían a verlos en las fiestas que darían en la costa para celebrar la victoria, entre ellas un baile que el almirante ya había anunciado. Diana no aceptó la guindola que le ofrecía el señor Wallis y bajó detrás de Stephen con la agilidad

de un niño, y los tripulantes del esquife clavaron los ojos en el mar para no verle las piernas. Luego, a voz en cuello, rogó a los hombres que estaban en cubierta que cuidaran de su baúl y, mirando sonriente a Wallis, que estaba radiante de alegría, añadió:

—Es lo único que tengo, lo poco que tengo, ¿sabe?

Se sentaron en el banco de popa y el esquife empezó a navegar en dirección a la costa. Formaban un curioso grupo, ya que entre ellos existían relaciones muy estrechas y diversas. En otro tiempo los dos hombres se habían disputado el cariño de Diana, y la amistad que los unía había estado a punto de romperse. Diana había sido el gran amor de Stephen, su gran ilusión; sin embargo, en la India lo había abandonado por un norteamericano muy rico llamado Johnson, con quien las relaciones se habían deteriorado después de su llegada a Estados Unidos, siendo insostenibles después de empezar la guerra. Cuando Maturin llegó a Boston como prisionero de guerra, habían vuelto a encontrarse, y aunque él todavía la admiraba por su belleza y su ímpetu, le parecía que su corazón ya no sentía nada. No sabía si eso era debido a que había cambiado ella o a que había cambiado él, pero sabía que, a menos que su corazón volviera a sentir, había perdido definitivamente la causa principal de su existencia. No obstante, ambos habían escapado juntos y habían llegado a la *Shannon* en una lancha; además, se habían prometido, pero Stephen sólo adquirió ese compromiso porque creía que era su deber ayudarla, porque era un medio para que recuperara la nacionalidad, y le había sorprendido que ella lo hubiera aceptado de buen grado, sobre todo porque hasta entonces pensaba que era la mujer más intuitiva y perspicaz que conocía. Y si no hubiera sido por la batalla, ahora serían marido y mujer, al menos según el Código Civil de Inglaterra, no según el Código Canónico (Stephen Maturin era católico), pues el capitán Philip Broke, a quien su rango le confería atribuciones para casarlos en la mar, estuvo a punto de

hacerlo, y ahora Diana sería de nuevo súbdita británica en vez de ser nominalmente ciudadana norteamericana.

A pesar de todos los sentimientos que se entremezclaban en su interior, fueron conversando animadamente hasta que desembarcaron en el muelle, y así continuaron hasta que llegaron a la casa del almirante, donde se separaron. Jack fue a entrevistarse con el comisionado y después iría a buscar el correo y alojamiento para él y su amigo; Stephen se alejó sin decir a qué lugar iba, con su único equipaje, un paquete envuelto en un trozo de lienzo, metido bajo el brazo; y Diana se quedó en compañía de lady Colpoys, una mujer bondadosa y de piernas cortas.

Stephen no había dicho a qué lugar iba, pero si sus acompañantes se hubieran puesto a pensar en ello, no les habría sido difícil adivinarlo. El capitán Aubrey, por el hecho de haber navegado junto con el doctor Maturin durante muchos años, se había enterado de que el doctor, además de ser un médico excelente, que había decidido hacerse a la mar como cirujano naval porque así tendría la oportunidad de hacer descubrimientos en el campo de la historia natural (su gran pasión, sólo superada en intensidad por su deseo de derrotar a Bonaparte), era uno de los espías más apreciados en el Almirantazgo; y Diana, poco antes de su huida de Boston, le había visto coger los documentos que contenía aquel paquete de una de las habitaciones que ella y Johnson ocupaban, y él justificó su acción diciendo que los documentos serían de interés para un alto cargo de los Servicios Secretos que conocía y que casualmente estaba destinado en Halifax. Stephen sabía muy bien eso, pero, según una vieja costumbre y a la vez una tendencia innata a actuar con mucha discreción (lo cual le había permitido seguir vivo), siempre era muy reservado. Según esa costumbre también, fue al despacho de su enlace dando un rodeo y parándose a mirar los escaparates de las tiendas, y puesto que en algunos de ellos se reflejaba la calle, podía ver lo que estaba detrás de él. Aunque solía

tomar ese tipo de precauciones mecánicamente, ahora las consideraba más necesarias que nunca, pues sabía mejor que nadie que en Halifax había algunos espías norteamericanos, y seguramente Johnson, furioso porque él le había robado a su amante y sus documentos, haría todo lo posible por vengarse.

Llegó al despacho muy tranquilo, sin que nadie lo siguiera, y dio su nombre. Enseguida fue recibido por el mayor Beck, oficial de Infantería de Marina, que era el jefe de los Servicios Secretos en Norteamérica. No se habían visto nunca, y Beck lo miró con gran curiosidad, ya que el doctor Maturin gozaba de una excelente reputación en el departamento por ser uno de los pocos miembros que trabajaba voluntariamente y que a la vez era eficiente. Aunque Maturin era mitad irlandés y mitad catalán y, por ese motivo, era un experto conocedor de los asuntos catalanes, Beck sabía que recientemente había logrado diezmar los Servicios Secretos franceses haciendo llegar a París, a través de los incautos norteamericanos, cierta información falsa que era comprometedora. Puesto que ése era un asunto que le concernía, Beck fue informado oficialmente de él, pero también había oído relatos no oficiales de otras acciones también notables que Maturin había realizado en España y Francia, e inexplicablemente Beck se sintió decepcionado al verlo. Ese hombre que ahora se sentaba al otro lado del escritorio y trataba de desatar un paquete envuelto en un trozo de lienzo era flaco, iba mal vestido y tenía un aspecto corriente, y Beck, sin razón alguna, esperaba que tuviera figura de héroe, y, naturalmente, no esperaba que usara gafas con cristales azules para protegerse del sol.

Lo que Stephen pensaba de él también era poco halagador. Había observado que Beck era un hombre deforme, de gesto adusto, ojos saltones y llorosos, pelo canoso y ralo, sin barbilla, con la nuez de Adán prominente. Por el tamaño de su frente parecía inteligente, pero por su aspecto no parecía capacitado para

nada. «Tal vez todos nosotros seamos muy raros», pensó Stephen mientras recordaba a otros colegas suyos.

Hablaron de la victoria durante un rato. Beck lo hizo con tanto entusiasmo que su rostro macilento tomó color y Stephen repitió que no había tenido una participación notable en la batalla, ya que estuvo bajo la cubierta desde el primer cañonazo hasta el último, y aseguró que no sabía cómo se había desarrollado ni cuántos desertores británicos formaban parte de la tripulación del barco norteamericano ni qué métodos se emplearon para inducirlos a ello. Al final Beck parecía decepcionado.

—Recibí su aviso de que los franceses estaban en Boston —dijo Stephen, esforzándose por deshacer un nudo—. Se lo agradezco, pues cuando me encontré con ellos ya estaba preparado.

—Espero que no haya tenido ningún disgusto. Dicen que Durand es un hombre decidido y sin escrúpulos.

—Pontet-Canet era peor. Era muy desagradable y me causó muchas molestias durante cierto tiempo, pero yo tiré de las brazas y logré que se detuviera.

El doctor Maturin se sentía orgulloso de saber expresiones de la jerga marinera. A veces las usaba correctamente, pero, tanto si acertaba como si se equivocaba, siempre las decía con cierto énfasis para expresar su satisfacción, tal como otras personas lo harían al decir una cita en griego o latín en el momento oportuno.

—Luego lo hice virar en redondo —prosiguió—. ¿Tiene un cuchillo? Verdaderamente, no vale la pena conservar intacta esta cuerda.

—¿Cómo lo consiguió, señor? —inquirió Beck mientras le daba una tijera.

—Le corté la cabeza —respondió Maturin, tratando de cortar la cuerda.

El mayor Beck estaba acostumbrado a ver sangre y muerte tanto en la guerra como en la lucha clandestina, pero sintió

un escalofrío al oír el tono indiferente de su visitante, que se había quitado las gafas y lo miraba fijamente con sus inexpresivos ojos claros, lo único que llamaba la atención en él.

—Seguro que usted sabe la posición que ocupa Harry Johnson en los Servicios Secretos norteamericanos, ¿verdad, señor? —preguntó Stephen, desenvolviendo por fin los documentos.

—¡Oh, sí, desde luego!

No era posible que Beck desconociera las actividades de su principal oponente en Canadá, pues desde que empezó a desempeñar su cargo había tenido que luchar contra la red de espionaje amplia y bien organizada creada por Johnson.

—Muy bien. Estos documentos los cogí de su escritorio y de su caja fuerte en Boston. Los franceses los consultaban, pero yo puse fin a sus maquinaciones.

Puso los documentos uno a uno sobre el escritorio del mayor. Entre ellos había una lista de los espías norteamericanos en Canadá y las Antillas, y algunos comentarios sobre ellos; cartas dirigidas al secretario de Estado donde Johnson hablaba con todo detalle de las relaciones entre los Servicios Secretos franceses y los norteamericanos en el pasado y en la actualidad; algunas hojas con claves para usar en distintas ocasiones y con comentarios sobre el carácter, la formación y las intenciones de sus colegas franceses; proyectos para el futuro; una valoración de la situación de los británicos en los Grandes Lagos...

Cuando Stephen colocó el último documento sobre el escritorio del mayor, ya había alcanzado la talla de héroe, había llegado más allá de lo que se esperaba. El mayor Beck lo miró por encima del montón de papeles con profundo respeto, como si lo venerara.

—Es una información amplísima, la más amplia que alguien haya podido recopilar jamás. ¡Les hemos quitado todo, Dios mío! Esta lista sola bastará para mantener ocupado durante semanas a

un pelotón de ejecución. Tengo que reflexionar sobre todas esas cosas. Estos documentos me acompañarán en el lecho durante muchas noches.

—Estos documentos no, señor, con su permiso. Deben estar en poder de sir Joseph y su equipo de criptógrafos.

Cuando mencionó a sir Joseph, el mayor hizo una reverencia con la cabeza.

—Propongo enviar la mayor parte de ellos a Londres en el primer barco que pueda llevarlos. Se pueden hacer copias, por supuesto, aunque eso plantea algunos problemas también, como usted bien sabe. Pero, antes de hablar de las copias o de cualquier otra cosa, quisiera hacer una sugerencia y una petición. ¿Ha oído hablar de la señora Villiers?

—¿Diana Villiers, la amante de Johnson, esa inglesa que renegó de su patria?

—No, señor —respondió Stephen, mirándolo fijamente y sin pestañear—. No, señor. La señora Villiers no era la amante de Johnson, simplemente aceptó su protección en un país extranjero. Tampoco ha renegado de su patria. No sólo se enfrentó a él enérgicamente cuando intentó que ella tomara parte en la guerra contra su propio país, sino que fue ella quien hizo posible que yo consiguiera estos documentos. Lamentaría mucho que la juzgaran equivocadamente.

—Sí, señor —dijo Beck después de unos momentos de vacilación—. No es mi intención faltarle al respeto a esa dama, señor, pero, si no me equivoco, se hizo ciudadana norteamericana.

—Fue un acto irreflexivo. Pensaba que cumplía una simple formalidad y que eso no afectaría en absoluto la lealtad a su país. Le dijeron que ése era un aspecto que facilitaría el divorcio del señor Johnson.

Advirtió que el mayor lo miraba con benevolencia e incluso simpatía y frunció el entrecejo. Luego, en un tono más calmado, prosiguió: